

PULSACIONES II

Ruben Goldberg

Voy a partir de dos definiciones mínimas que propone Lacan.

La primera es que *el acto analítico es definible al mínimo como el cumplimiento del análisis mismo*.

La segunda es que define el análisis como lo que se realiza con un analista, advirtiendo: tomen ese con en sentido instrumental.

De ese instrumento que es el analista y con el que se va a ejecutar el análisis podemos decir que, sus cuerdas están tensadas por la escucha analítica.

Siguiendo con esta “metáfora musical”, si el analista no posee suficientemente esa escucha va a desafinar, no va a poder realizar la ejecución.

Lacan nos señala también en “El acto analítico” : *no hay consecuencias concebibles fuera de una secuencia significativa*, entonces la escucha apuntará a reconstruir esa secuencia que tuvo como consecuencia a ese sujeto sintomático.

Y de la ejecución del análisis podríamos decir que debe llegar hasta las últimas consecuencias. Si se llega hasta allí aunque tenga algunas resonancias un poco fuertes, se habrá ejecutado al analista mismo.

Me refiero a ésto porque si volvemos a la primera definición, puede entenderse en un sentido, *el cumplimiento del análisis mismo* como la efectuación de un análisis, es decir llevarlo hasta su finalización, en tanto si un análisis no se lleva hasta allí, algo no se habrá cumplido, si no resuena el “acorde” del final, lo que comanda las significaciones va a seguir insistiendo en esa suerte de orden pos hipnótica sostenida desde el fundamento del fantasma.

Los finales de análisis no son sencillos ni habituales. El inconciente – al decir de Lacan – se vuelve mas coriáceo, mas acorazado y eso implica que el análisis irá requiriendo en la medida de su progreso, una escucha cada vez mas afinada.

Es una escucha particular que implica producir lo que se va a dar a escuchar, nuestro saber hacer depende de esa compleja escucha para poder ir estableciendo nuevos enlaces en la

dirección precisa. Estos enlaces el analista los pesquisa en las banalidades del relato. Freud decía que las manifestaciones más importantes aparecen como princesas disfrazadas de mendigas.

De eso que escucha establece enlaces que puedan crear las condiciones para la emergencia de una nueva pulsación. Se trata de pulsaciones, secuencia de pulsaciones, que recorren la secuencia significativa.

La pulsación requiere de una lectura y sus efectos no pueden calcularse, en el análisis podemos decir – tomando palabras de Roberto Juarróz – que *siempre se llega, pero a otra parte*. El analista retoma cada vez desde esa “otra parte” para relanzar el acto analítico.

Cada pulsación - interpretación produce un trastocamiento del orden, en la red de significantes y la aparición de un nuevo orden. Cada interpretación produce un nuevo punto de capitón que “jala” de ciertos significantes abrochándolos en una nueva red de sentido. Establece algo.

Sujeto advertido de su división incurable, también de ciertos significantes que lo ubican.

Pero esos significantes nuevos están a partir de allí, en cierta manera “a disposición” del sujeto. En ese sentido la pulsación si bien es un momento de máxima división, también puede proponerse que es además un momento en que la transposición - que resulta de ella - produce un puente.

Freud hablaba de transposición, *enstellung*, el paso de una instancia a otra.

Si bien la interpretación pone el acento en lo que divide al sujeto, también ese destello establece algo que ilumina la hendidura.

Ese franqueamiento podría pensarse también como el franqueamiento - efímero - del sujeto afanísico. Donde lo efímero, lo evanescente, no lo son en forma absoluta porque dejan un resto que es el efecto de la trasposición, de un nuevo nudo, puntos de capitón que van a determinar a partir de allí de otra manera, las posibilidades asociativas.

El nuevo orden que se produce en la red de significantes implica distinta distribución de goce. Creo que allí puede situarse una incidencia del acto analítico en la clínica. En cierta manera acto analítico implica incidencia, si no hay incidencia no habrá habido acto.

El acto analítico como la pulsación, es la emergencia de un empalme de lo simbólico con un real evanescente. Pero este encuentro fugaz deja una huella imborrable.

Entiendo que plantear en este espacio que en el acto analítico no puede estar ausente la dimensión del significante parece innecesario. Pero miremos en el interior de las instituciones, en las presentaciones clínicas a las que asistimos, suele suceder que falte el recorrido de esa secuencia significativa.

Para nada es lo mismo los llamados “efectos terapéuticos” que se consiguen por otras vías que lo que alcanza la dimensión del acto analítico.

Si la condición para que éste se cumpla va a depender de la escucha, esta dificultad inherente a su transmisión, atañe a la institución analítica.

Poder sostener el acto analítico implica poder hacer con lo progresivamente coriáceo del inconciente. Y hay una relación proporcional entre esas fuerzas en pugna.

Puede pensarse que lo dificultoso de la adquisición de esa herramienta, constituye el nudo del que parten las cuestiones fundamentales de las instituciones y una de las medidas que determinan las posibilidades de extensión del psicoanálisis.

El acto analítico lleva su incidencia hacia los S1, ese enjambre de significantes amo planteado por Lacan en el Seminario XX, desarma en cierta forma los significantes amo, produciendo un despertar de lo que funciona determinado por el fantasma como una orden poshipnótica.

Podemos decir del fantasma que es un gran decorado, un decorado del Otro.

Los nuevos discursos del mercado inciden allí produciendo una mayor alienación subjetiva.

Hay también - como lo que sucede en un análisis - una relación proporcional de fuerzas, de creciente dificultad, entre lo que hacemos en pos de extender el psicoanálisis y la creciente desubjetivación que imponen estos nuevos discursos. Desplazada la ideología ahora solo se trata de convertir a los sujetos en consumidores endeudándolos con créditos. Ese vértigo deja poco lugar para la pausa, para la lectura.

La incidencia del acto analítico en lo político y lo social puede pensarse en tanto tiende a desarmar esos discursos que funcionan como significantes amo. Permite instalar nuevas líneas de lectura.

Volviendo a sus incidencias clínicas, cuando me planteaba la relación entre el acto analítico y el fin de análisis, se me ocurrió que podría ser ilustrado con aquel film “The Truman Show”. El protagonista vive efectivamente toda su vida dentro de un inmenso decorado hasta que en un momento, navegando hacia el horizonte atisba algo y choca con una pantalla, que le revela en ese instante la finitud de ese mundo.

El realiza su acto, decide franquear lo que parece una pequeña puerta, pasar del otro lado. Ya nada será igual, tendrá que reinventarse, armar otro escenario que no podrá ser sin lo que fue, pero ahora podrá ser el artífice.

Navegar furiosamente hacia un horizonte de cartón pintado, no es lo mejor que se puede hacer con la propia vida.

Nos quedan igual ciertas posibilidades, la posibilidad de sostener un lugar para encontrarnos nosotros, muchas veces los mismos, pero también la posibilidad de sostener una oferta, que tal vez solo pueda ser leída por aquellos que atisban algo, una oferta distinta – que no los endeuda de esa manera trivial.